

Juan Pablo Villalobos

Te vendo
un perro



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*Este libro se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte 2012*

Ilustración: foto © Luis Alfonso Villalobos

Primera edición: enero 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Juan Pablo Villalobos, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9785-2

Depósito Legal: B. 16988-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Me perturba su vestido rosa. No me deja morir.

JUAN O'GORMAN

Quizá entienda en la otra vida, en ésta sólo imagino.

DANIEL SADA

Qué de estómagos pudieran ladrar si resucitaran los perros que les hicisteis comer.

QUEVEDO

Por aquella época, cada mañana al salir de mi departamento, el 3-C, tropezaba en el pasillo con la vecina del 3-D, a la que se le había metido en la cabeza que yo estaba escribiendo una novela. La vecina se llamaba Francesca y yo, faltaba más, no estaba escribiendo una novela. El nombre había que pronunciarlo *Franchesca*, para que sonara más arrabalero. Después de saludarnos con un arqueo de cejas, nos parábamos a esperar delante de la puerta del elevador, que dividía el edificio en dos y subía y bajaba como la bragueta de un pantalón. Por comparaciones como ésta, Francesca iba diciéndole a todos los vecinos que yo me le andaba insinuando. Y también por llamarla Francesca, que no era su nombre de verdad, era el nombre con el que yo la había apodado en mi supuesta novela.

Había días en que el ascensor tardaba horas en llegar, como si ignorara que los usuarios éramos ancianos y pensara que nos quedaba todo el tiempo del mundo por delante y no por detrás. O como si lo supiera pero le importara un pepino. Cuando por fin se abrían las puertas, los dos entrábamos, empezábamos a bajar despacito y a Francesca se le subían los colores al rostro, por puro efecto me-

tafórico. El aparato iba tan lentamente que parecía que lo movían unas manos pícaras que demoraran a propósito, para aumentar la calentura y postergar la consumación, el descenso de la bragueta. Las cucarachas, que infestaban el edificio, aprovechaban el viaje y bajaban a visitar a las colegas del zaguán. Yo empleaba el tiempo libre en el ascensor para apachurrarlas. Ahí era más fácil darles caza que en casa, en los pasillos o en el zaguán, aunque también más peligroso. Tenía que pisarlas de manera firme pero sin exagerar, si no corríamos el riesgo de que el elevador se desplomara. Yo le pedía a Francesca que se quedara quieta. Una vez le había pisado un dedo y me había obligado a pagarle el taxi hasta el podólogo.

En el zaguán la aguardaban sus achichincles de la tertulia literaria, pobrecitos: los obligaba a leer una novela atrás de otra. Se pasaban las horas en el zagúan, de lunes a domingo. Habían comprado en el tianguis unas lamparitas de pilas que se enganchaban a la portada del libro junto con una lupa. Hechas en China. Las cuidaban con un cariño tan indecente que parecía que fueran el invento más importante desde la pólvora o el maoísmo. Yo me escabullía entre las sillas, situadas formando una rueda, como en terapia de rehabilitación o secta satánica, y cuando alcanzaba la puerta y presentía la inminencia de la calle, con sus baches y su peste a fritanga, les gritaba como despedida:

—¡Cuando terminen me pasan el libro! ¡Tengo una mesa con la pata coja!

Y Francesca me respondía, sin variaciones:

—¡*Franchesca* es nombre de puta italiana! ¡Viejo rabo verde!

Eran diez tertulianos, más la lideresa. De vez en cuando se moría alguno, o era declarado incapaz de seguir vi-

viendo sin asistencia y lo mandaban a un asilo, pero Francesca siempre se las arreglaba para engatusar al nuevo inquilino. En el edificio había doce departamentos, repartidos en tres pisos, cuatro por piso. Ahí nada más vivían viudos y solterones, o más bien viudas y solteronas, porque las mujeres eran mayoría. El edificio estaba en el número 78 de la calle Basilia Franco, una calle como cualquier otra de la Ciudad de México, tan descascarillada y cochambrosa como cualquier otra, quiero decir. La única anomalía en ella era justamente ésta, el gueto de la tercera edad: *el edificio de los viejitos*, como lo llamaban el resto de los vecinos de la cuadra, tan viejo y ruinoso como sus habitantes. El número del edificio era el mismo que mi edad, con la diferencia de que la numeración de la cuadra no aumentaba con cada año que pasaba.

La prueba de que la tertulia era en verdad una secta era que aguantaran tanto tiempo sentados en esas sillas. Se trataba de sillas plegables, de aluminio, de cerveza Modelo. Estoy hablando de fundamentalistas literarios, gente capaz de convencer al gerente de publicidad de la cervecería de que les regalara las sillas como parte de su programa de fomento a la cultura. Resultaba de lo más rebuscado, pero la publicidad subliminal funcionaba: yo salía del edificio y me iba directo a la cantina, a tomar la primera cerveza del día.

La tertulia no era la única desgracia en la rutina del edificio. Hipólita, del 2-C, daba clases de modelado en migajón los martes, jueves y sábados. Había un instructor que venía los lunes y los viernes para hacer ejercicios aeróbicos a la vuelta, en el Jardín de Epicuro, un parque repleto de maleza y arbustos en el que más que oxígeno lo que había era dióxido y monóxido de carbono, óxidos de nitrógeno y de azufre. Francesca, que había sido profesora

de idiomas, daba clases particulares de inglés. Y además había yoga, computación y macramé. Todo organizado por los propios vecinos, que creían que jubilarse era como la educación preescolar. Había que aguantar todo eso más el estado lamentable en el que se encontraba el edificio, pero, en compensación, el precio de la renta estaba congelado desde el inicio de los tiempos.

También se organizaban excursiones a museos y a lugares de interés histórico. Cada vez que en el zaguán pegaban el aviso de la visita a una exposición, yo preguntaba:

—¿Alguien sabe cuánto cuesta la cerveza en ese antro?

No era una pregunta cualquiera, había llegado a pagar a cincuenta pesos la cerveza en la cafetería de un museo. ¡El precio de un mes de renta! Yo no podía permitirme esa clase de lujos, tenía que sobrevivir con mis ahorros, que, según mis cálculos, alcanzarían a este ritmo ocho años más. Lo suficiente, pensaba, para que antes la calaca se pasara a hacerme una visita. *A este ritmo*, por cierto, lo llaman elegantemente *vida estoica*, aunque yo lo llamaba mala vida a secas. ¡Tenía que llevar la cuenta de las copas que tomaba al día para no salirme del presupuesto! Y la llevaba, metódicamente, el problema era que por la noche la perdía. Así que los ocho años quizá estuvieran mal calculados y fueran siete o seis. O cinco. El hecho de que la suma de las copas que me tomaba cada día acabara dando la vuelta para convertirse en una cuenta regresiva me ponía bastante nervioso. Y entre más nervioso, más me costaba llevar la cuenta.

En otras ocasiones, mientras el ascensor bajaba, Francesca se ponía a darme consejos para la escritura de la novela, que, como ya dije, yo no estaba escribiendo. Bajar tres pisos a esa velocidad alcanzaba para recorrer dos siglos de teoría literaria. Decía que a mis personajes les faltaba

profundidad, como si fueran agujeros. Y que mi estilo necesitaba más textura, como si estuviera comprando tela para cortinas. Hablaba con una claridad asombrosa, articulando las sílabas de modo tan riguroso que las ideas que transmitía, por más estrafalarias que fueran, sonaban a evidencia. Era como si alcanzara la verdad absoluta a través de la pronunciación y, encima, empleara técnicas de hipnosis. ¡Y funcionaba! Así había llegado a dictadora de la tertulia, a presidenta de la asamblea del edificio, a autoridad última en materia de chismes y calumnias. Yo dejaba de ponerle atención y cerraba los ojos para concentrarme en el descenso de mi bragueta. Luego el ascensor rebotaba al llegar al zaguán y Francesca hilaba una última frase que yo agarraba deshilachada por haber perdido el hilo de su perorata:

–Le va a pasar como a los yucatecos, que buscan y buscan y no buscan.

Y yo le respondía:

–Quien no busca no encuentra.

Ésa era una frase de Schönberg que a mí me recordaba a mi madre hace setenta años, cuando yo perdía un calcetín. Yo buscaba y buscaba y luego resultaba que el calcetín se lo había comido el perro. Mi madre murió en 1985, en el terremoto. El perro se le adelantó más de cuarenta años y por atrabancado no se enteró del desenlace de la Segunda Guerra Mundial: se tragó unas medias de nylon, larguísimas, tan largas como las piernas de la secretaria de mi papá.